

## PRÓLOGO

¡Ya empezamos! ¿Cómo que «prólogo»? Tiene que ser una errata; se dice «prólogo», con ge. ¿Pero qué pinta un prólogo en un libro infantil? No es necesario y, además, yo no estoy hablando como si fuese el autor, solo soy el que lee en voz alta, un aliado.

Lo que me gustaría, queridos lectores y lectoras en voz alta, es hablaros de mi experiencia como lector narrador de estas historias que tratan de un taxi y que suelo contar a mi hijo casi a diario.

La mayoría ha surgido de manera espontánea: mientras nos lavábamos los dientes, cuando íbamos de excursión o antes de dormir. Nunca me paré a pensar si había algo que *aprender* o que *sentir*. Mis objetivos eran otros: divertir, confundir de lo lindo al que escucha, animarlo a participar en la historia e inventar imágenes para todas esas emociones que preocupan a los niños: el miedo, el valor, la obstinación, la pérdida, el compañerismo, la justicia.

Mientras escucha las historias, el niño construye mundos a partir de las palabras. También esos mundos que no se parecen en absoluto al nuestro, mundos poblados de seres mágicos y regidos por las leyes de una física insólita. Como lector narrador, me esfuerzo por llenar esos mundos de vida. Mi actuación será un éxito si logra romper con las convenciones, vencer los prejuicios, si logra... sorprender. Hay un terrible dragón que cecea y un enano miedoso de voz grave. Y hasta mi propia voz, es decir, yo, sonará distinta según el lío en el que me meta.

Sí, «yo», porque es un yo el que cuenta las historias de este taxi.

Para mi hijo, este «yo» no es otro que yo mismo. Ese yo que durante un tiempo tuvo que viajar mucho, y cuyos viajes comenzaban cuando montaba en un taxi y terminaban cuando se bajaba de él y regresaba a casa.

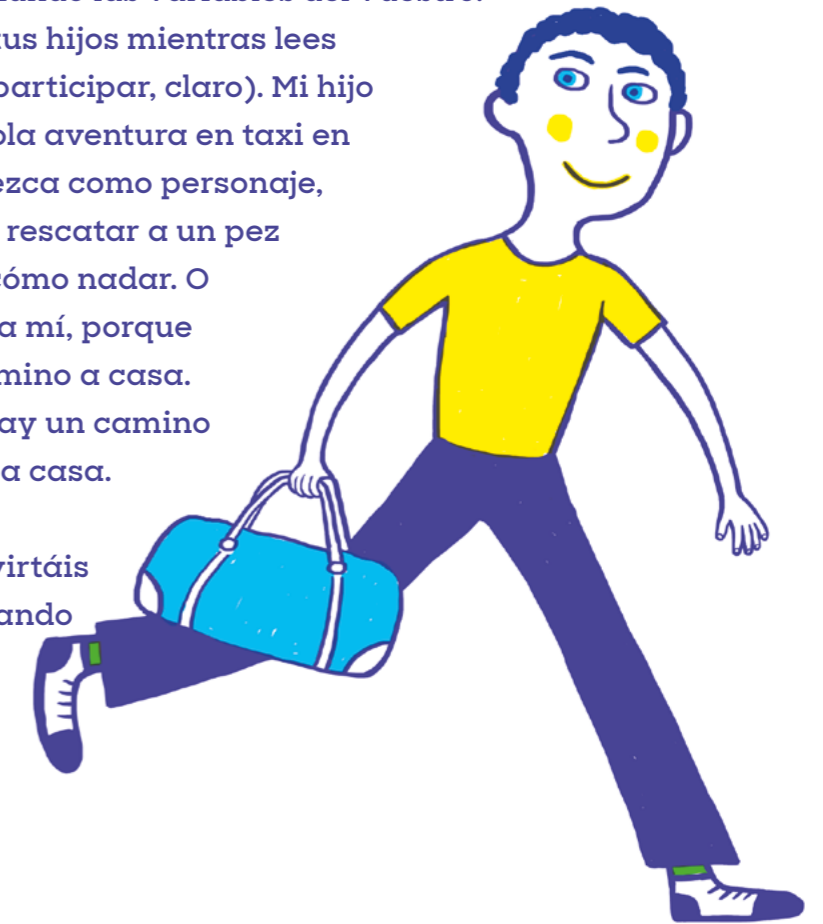
Que este yo no puedes ser tú es evidente, querido lector/a narrador/a. Puede que tú no viajes tanto o que no sueles tomar un taxi. En vuestro caso, ese yo también podría llamarse Fátima o Paul. Pero si tú dices «yo», viajarás con los gigantes y con los piratas. Y a lo mejor hasta te gusta.

Escuchando cada historia, mi hijo viajaba conmigo sin moverse del sitio, casi siempre por la ciudad, aunque las historias que tenían lugar en el campo eran sus preferidas (será porque no vamos muy a menudo). Un momento: ¿qué es eso de viajar sin moverse del sitio? ¿Me estaré volviendo loco? ¡Claro, por algo esto es un prólogo! A lo que iba: toma estas historias como una pauta para inventarte las tuyas y las vuestras. Adáptalas como más os guste. ¡Cámbialas! Introduce en mi mundo las variables del vuestro.

Haz preguntas a tus hijos mientras lees (solo si les gusta participar, claro). Mi hijo no concibe una sola aventura en taxi en la que él no aparezca como personaje, por ejemplo, para rescatar a un pez que ha olvidado cómo nadar. O para rescatarme a mí, porque no recuerdo el camino a casa. Porque siempre hay un camino que conduce ahí, a casa.

¡Espero que os divirtáis leyendo y escuchando estas historias!

Saša Stanišić





## NUESTRAS CALLES

¡Ey, ey, ey! Monto en un taxi y le digo al taxista:

—¡Al aeropuerto!

El taxista arranca y empezamos a recorrer la ciudad: ahí están nuestras calles, nuestro río; está el parque, nuestros momentos juntos, las risas compartidas, nuestros juegos, preocupaciones y deseos, nuestras tiendas y ajeteos; nuestros semáforos y también nuestras hormigas y palomas y..., ¡mira!, también nuestros magos, nuestros gigantes y piratas, nuestros enanos, nuestra felicidad. Todo como siempre; si acaso, un poco distinto: ¡vaya!, parece que el león ha cambiado de gorro. Resulta interesante... o tal vez no, pero el caso es que acabo de llegar al aeropuerto y ya te echo de menos. Lo mejor sería subirme otra vez al taxi y volver a casa, así que eso hago: monto en un taxi y voy a verte, solo que esta vez traigo conmigo unas cuantas historias como, por ejemplo, esta:





# EL VÁTER

¡Ey, ey, ey! Monto en un taxi, me siento y descubro que estoy encima de un váter.

—Pero ¡si aquí hay un váter! —exclamo.

—¿Qué le parece? —me pregunta el taxista.

—Pues bastante cómodo para ser un váter —respondo.

—¡Y además es muy práctico! —añade el taxista.

Pero como no me urge ni tengo un apretón, le doy las gracias y tomo otro taxi para volver a casa, a casa contigo.







## RAPIDÍSTICO

¡Ey, ey, ey! Monto en un taxi y la taxista exclama:  
—¡Abrochese el cinturón, que este taxi es rapidístico!  
—Perdone, ¿cómo dice?  
—¡Rapidístico! ¡Centellástico! ¡Leopardístico!

—¿Que corre mucho quiere decir?  
—¿Correr? ¡No! Eso lo hace cualquiera. ¡Este taxi es supersónico!  
—Será supersónico...  
—¡Velocístico! ¡Ultrasúbito! ¡Raudaloso!  
—Pues me viene muy bien, hoy ando un poco aceleroso.  
—¡Yuju! —exclama la taxista mientras sale disparada.  
Recorremos las calles a toda rapicidad y, en cuestión de microsegundos, ya estamos en casa, en casa contigo.